

LUIS ARAQUISTÁIN, EMBAJADOR  
DE LA II REPÚBLICA EN BERLÍN (1932-1933)

*Juan Francisco Fuentes*

La larga biografía del escritor y político socialista Luis Araquistáin (1886-1959) tiene un momento crucial en su etapa de embajador en Berlín, que le permitió ser testigo directo del fin de la República democrática de Weimar y del ascenso de Hitler al poder. Araquistáin quedó profundamente impresionado por la impotencia de la socialdemocracia alemana para impedir el triunfo del nazismo, pese a contar con la organización más poderosa del socialismo mundial. No es de extrañar, por ello, que esta experiencia, sobre la que Araquistáin reflexionó en diversos artículos y conferencias, sea considerada como una de las claves del giro estratégico que llevó al PSOE, a mediados de 1933, a revisar su política de alianzas con los partidos republicanos, abandonando así la línea reformista seguida al principio de la II República y que, supuestamente, había llevado al desastre al socialismo alemán.

Este proceso podía reconstruirse en parte, como hizo ya Marta Bizcarrondo, a través del testimonio periodístico del propio Araquistáin. Algunos documentos inéditos de su etapa de embajador, conservados entre sus papeles personales y pertenecientes a su correspondencia oficial con el Ministerio de Estado, muestran con mayor detalle la evolución de su punto de vista sobre el desmoronamiento de la República de Weimar y sobre el papel del socialismo ante la crisis del sistema democrático<sup>1</sup>.

1. Esta reconstrucción de la etapa de Araquistáin como embajador en Berlín se basa principalmente en una serie de documentos dispersos en diversos legajos del fondo *Papeles de Araquistáin* del Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN). Se trata de copias y borradores autógrafos o mecanografiados que el embajador conservó en su poder hasta su muerte. A pesar de su enorme interés, no parece que este conjunto de notas e informes represente toda la correspondencia oficial de Araquistáin con el ministro de Estado. Lamentablemente, no ha sido posible localizar el original íntegro de esta documentación en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde, en buena lógica, debería estar depositada.

## *La agonía de la República de Weimar*

Hasta la proclamación de la II República, Araquistáin se había dedicado simultáneamente a la lucha política — militaba en el PSOE desde 1911 — ya una frenética actividad como escritor y periodista. Fue un prolífico autor de novelas, obras de teatro y libros de ensayo político — en muchos casos, mera recopilación de artículos periodísticos —, y trabajó como corresponsal en Londres, Bruselas y Berlín de diversos periódicos españoles. En 1916, Ortega y Gasset le llamó para hacerse cargo de la dirección de la revista *España*, que el propio Ortega había fundado en 1914<sup>2</sup>. Nada más proclamarse la II República, fue nombrado subsecretario por el ministro de Trabajo del primer gobierno republicano, el socialista Francisco Largo Caballero, del que era considerado principal hombre de confianza e ideólogo de la facción que el líder de la UET encabezaba en el seno del partido. Elegido diputado por el PSOE en las elecciones de junio de 1931, se incorporó a la comisión que debía redactar el proyecto de Constitución republicana. De todas formas, su complejo de mal orador le hizo limitar sus intervenciones en el pleno de las Cortes a un discurso en defensa del polémico texto que, por iniciativa suya, figuró como artículo Iº de la Constitución: «España es una República democrática de trabajadores...».

Su designación como embajador en Berlín data del 8 de febrero de 1932, aunque los últimos compromisos oficiales de su etapa de subsecretario retrasaron su toma de posesión hasta dos meses después. El nombramiento de Araquistáin obedecía al deseo del ministro de Estado, el republicano Luis de Zulueta, de prestigiar y republicanizar el servicio exterior recurriendo a intelectuales progresistas de cierto renombre — Pérez de Ayala, Madariaga, Gabriel Alomar — para representar a la República en las principales capitales europeas. En su salto a la carrera diplomática, a Luis Araquistáin le avalaban, además de su condición de hombre de la generación del 14 — curioso rasgo que se aprecia en otros nombramientos —, una larga y variada vida fuera de España, su experiencia periodística como observador de la política internacional y su buen conocimiento de la lengua alemana.

Tras pasar por Ginebra en visita oficial, con motivo de una reunión de la Oficina Internacional del Trabajo, Araquistáin llegó a Berlín a finales de marzo de 1932, y el día 1 del mes siguiente presentó sus credenciales ante el presidente Hindenburg.

2. Cfr. M. Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República: Leviatán (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975, sobre todo pp. 121 y ss. Este es el principal estudio sobre el personaje, aunque centrado en una breve etapa de su vida. Cfr. también el artículo de J. González Bedoya, *Centenario de Luis Araquistáin*, en “Leviatán”, núm. 25, 1986, pp. 137-151, y la larga introducción de Javier Tusell a su edición de algunos textos del personaje, *Sobre la Guerra Civil y en la emigración*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

Este fue el primero de los cuatro encuentros que tuvo con el viejo mariscal a lo largo de los trece meses en que permaneció al frente de la Embajada<sup>3</sup>, en plena transición entre la agonizante República de Weimar y la instauración del III Reich. Precisamente, su discurso en aquel acto protocolario tuvo algo de homenaje — o de elegía — a la Constitución democrática de Weimar,

quizá — dirá trece años después — en reconocimiento de lo mucho que la plagiamos los diputados constituyentes de la República española de 1931: ingenuamente creíamos que el código weimariano era la última palabra de la ciencia política en Europa<sup>4</sup>.

Si la Constitución alemana había proporcionado el molde doctrinal de nuestra República, su trágico final bien podría servir de vacuna para evitar una suerte análoga. Los informes remitidos por Araquistáin desde Berlín responden siempre a ese propósito: ayudar a la República española a prevenir una crisis irreversible que la abocara, como a la Alemania de Weimar, al triunfo del fascismo. En cambio, los discursos y conferencias pronunciados por el embajador en distintos foros académicos abundarán en los lazos culturales entre los dos países, en la común coyuntura histórica y en ciertas analogías psicológicas que explicarían, según él, la similar evolución seguida por ambos pueblos. Su conferencia *Marcelino Menéndez Pelayo y la cultura alemana*, leída el 9 de septiembre de 1932 en la Universidad berlinesa Federico-Guillermo, viene a ser una muestra paradójica de todo ello: de sus inquietudes de siempre, como político y como escritor, de las adherencias regeneracionistas de su pensamiento y de la poderosa influencia que la obra de don Marcelino ejerció en quien sería acusado por el diario “ABC” de ser nuestro principal *teólogo marxista*<sup>5</sup>.

El primer informe oficial del embajador en Berlín está fechado el 26 de abril de 1932, y contiene un exhaustivo análisis estadístico y político de las elecciones — presidenciales y regionales — recientemente celebradas en Alemania<sup>6</sup>. En los comicios a la Dieta prusiana, que le parecen los más relevantes, destaca, por una parte, el imparable ascenso experimentado por el Partido Nacional-Socialista, que en dos años había doblado el número de sufragios (de 4.000.000 en 1930 a 80.000 en 1932), y, por otra, la aplastante derrota de los pequeños partidos liberales y progresistas, víctimas de la polarización de la opinión pública en torno a los grandes partidos y de la absorción por los nazis del electorado tradicional de los partidos centristas.

3. Cfr. su artículo *Una cena con Hitler*, escrito en mayo de 1945; una copia mecanografiada en AHN: *Papeles de Luis Araquistáin*, leg. 45. En adelante, se citará solamente el número de legajo.

4. *Ibid.* Más información sobre este discurso en un artículo publicado por “El Socialista” el 2 de abril de 1932: Nuestro compañero *Luis Araquistáin presenta sus cartas credenciales al mariscal Hindenburg*.

5. “Abc”, artículo sin firma titulado *El hombre que entregó a los soviets el oro del Banco de España* (sobre Negrín), 20 de noviembre de 1956. Un recorte en el leg. 68.

6. El informe ocupa nueve folios: siete de texto y dos con el listado de los resultados (copia mecanografiada, leg. 70).

En cambio, el descenso del Partido Socialista lo considera poco significativo, sobre todo si se tiene en cuenta el desgaste que había esperar de los doce años que llevaba gobernando en Prusia en coalición con partidos burgueses,

desgaste fatal a todo partido gobernante, pero especialmente a uno que, como el socialista, por ser de clase, ha de resentirse necesariamente de las coaliciones prolongadas, que le obligan a atemperar su programa, haciéndolo más liberal que socialista.

La nueva composición del Parlamento hace temer, según Araquistáin, que los nazis acaben formando coalición con el centro, a pesar de sus aparentes discrepancias políticas.

El embajador completa su informe con unas proféticas consideraciones tituladas *Fundamentos del nacionalsocialismo*, entre las que señala como principal causa del auge de este partido la crisis política y económica del sistema liberal, cuyos efectos, sobre todo en la juventud, se ven amplificadas en Alemania por la frustración y el resentimiento que el desenlace de la Gran Guerra ha dejado en todo el país. Siendo, pues, el nazismo un «tardío y fabuloso producto de la guerra», de continuar la dureza de los aliados en su exigencia de las «reparaciones» es de temer que la victoria electoral de los nazis se repita en las próximas elecciones al Reichstag.

Al redactar con algún pormenor este despacho — concluye —, lo he hecho convencido de que la inquietud política de Alemania es hoy la clave de la paz de Europa.

El siguiente informe, fechado el 23 de mayo<sup>7</sup>, es posterior a su entrevista con el canciller alemán, el centrista católico Heinrich Brüning. La conversación giró principalmente en torno al problema de las relaciones comerciales entre ambos países, motivo de queja constante del embajador en los meses siguientes por las trabas que encontraban las empresas españolas que operaban en Alemania, en particular tras las medidas adoptadas por el gobierno alemán para restringir al máximo la exportación de divisas. La conveniencia de forzar a Alemania a flexibilizar su postura en este punto será uno de los temas recurrentes de la correspondencia de Araquistáin con el ministro de Estado español, al que urge también, una y otra vez, a que el gobierno adopte una política de información y propaganda dentro y fuera de España.

7. Araquistáin a Luis de Zulueta, copia mecanografiada, leg. 41.

Esta cuestión no es ajena a los problemas del comercio exterior español. Lamenta Araquistáin que los periódicos alemanes ofrezcan una visión sistemáticamente catastrofista de la situación social en España: «El título de *Unruhe in Spanien* (inquietud en España) es como un cliché permanente en la prensa alemana». El embajador hace todo lo posible por contrarrestar esta campaña y mejorar la imagen de la República en el exterior: artículos de prensa, como el que acaba de publicar en el “*Berliner Tageblatt*”, sobre la estabilidad y la moderación del nuevo régimen, y conferencias de carácter político y cultural en diversos centros académicos. La que pronunció en el Instituto Ibero-Americano de Berlín tuvo por objeto, según parece, deshacer posibles malentendidos en cuanto a la naturaleza de la República española como «república de trabajadores». Sus quejas al ministro por el lamentable estado en que se encontraba nuestra Embajada en Berlín, «la más pobre, más anticuada y más abandonada de todas las Embajadas»<sup>8</sup>, y sus peticiones económicas para adecuarla obedecen a la misma preocupación: dar a la República una imagen de respetabilidad y credibilidad, para lo que se hacía imprescindible dotar a su representación exterior del mínimo decoro que cabía esperar de un Estado moderno.

Pero, en su opinión, esa política de prestigio que él mismo practica — artículos periodísticos, conferencias, recepciones — debe realizarse a gran escala y de forma planificada en el marco de una campaña de imagen impulsada por el propio gobierno. A tal fin, propone la concentración en una Dirección General de los servicios de prensa dispersos en los distintos ministerios, y la creación de una agencia de prensa oficiosa que, mediante una adecuada subvención, pueda influir en una agencia privada para la pertinente selección y distribución internacional de la información relativa a España.

La Dirección de prensa del Ministerio de Estado indicaría diariamente qué noticias debe dar la Agencia oficiosa a sus asociados del exterior<sup>9</sup>.

Como responsable de tal operación sugiere el nombre del periodista republicano Carlos Esplá, hombre muy próximo a Azaña, y que llegaría a desempeñar un cargo análogo durante la Guerra Civil. Recomienda asimismo que se fomenten las buenas relaciones con los principales corresponsales de la prensa extranjera en España,

sin recurrir, por supuesto, a ningún medio indecoroso (...): una palabra de reconocimiento, una taza de té, una comida, una visita oportuna...

El ministro de Estado tomó buena nota de estas sugerencias, de las cuales, según su carta del 6 de junio, habría informado puntualmente al gobierno<sup>10</sup>.

8. Borrador autógrafo, sin fecha, leg. 70.

9. Informe del 23 de mayo de 1932, leg. 41.

10. No hay rastro de ello, sin embargo, en las *Memorias de Azaña*, que por esas

Le comunica, además, su intención de recibir próximamente en el Ministerio a los corresponsales extranjeros, y de ofrecerles — añade como prueba de que seguía al pie de la letra sus indicaciones — «una taza de té».

Araquistáin, mientras tanto, sigue de cerca la inquietante evolución de la vida política alemana. La caída del canciller Brüning y la formación de un gobierno presidido por Von Papen — verdadero preludio del nazismo — son analizadas por el embajador español en un extenso informe redactado hacia finales de junio de 1932<sup>11</sup>. El cambio lo interpreta como un nuevo paso en la descomposición de la República de Weimar, inerte ante sus enemigos por la parálisis y el desprestigio de las instituciones. En esa tesitura, sólo las fuerzas anti-sistema, es decir, los nazis y los comunistas, ofrecen la ilusión de una alternativa radical frente a la crisis, que es lo que desesperadamente busca la sociedad alemana, y en particular los jóvenes. El fin del régimen parece próximo, pero el futuro del país sigue siendo una gran incógnita:

Para muchos, en el Nacional-Socialismo están los gérmenes de un Nacional- bolchevismo cuyas consecuencias políticas y sociales no pueden preverse. Pero no cabe duda de que Alemania es el país de Europa, después de Italia y Rusia, que va a ensayar el experimento político más arriesgado. Y todo lo que viene ocurriendo en estos últimos meses son nuevos síntomas de ese proceso en gestación, que el observador no puede menos de señalar imparcialmente, sin juzgarlo.

De todas formas, el resultado de las elecciones al Reichstag celebradas el 31 de julio hace concebir esperanzas, según Araquistáin, en un cambio de tendencia en la crisis política alemana<sup>12</sup>. El moderado ascenso electoral de los nazis ha sido menor de lo esperado, lo que parece indicar que el partido de Hitler ha llegado a su «punto de saturación». En cambio, destaca el medio millón de votos que socialistas, comunistas y centristas han recuperado, en su conjunto, respecto a 1930, aunque un análisis particularizado de estos datos muestran la pérdida por el Partido Social-Demócrata de unos 600.000 votos, que muy probablemente han pasado a los comunistas. El embajador español considera muy significativo este trasvase electoral del socialismo al comunismo, que cabe explicar por el mayor atractivo de esta última fuerza entre los sectores más afectados por la crisis — los jóvenes, en primer lugar —, pero también como consecuencia de la arriesgada política de alianzas practicada por los socialistas. El caso de la socialdemocracia alemana, como el de los laboristas ingleses,

fechas son especialmente minuciosas. Ninguna mención tampoco a una posible gestión de Esplá como la que proponía Araquistáin, a pesar de que Zulueta dice haberse puesto al habla con él para poner en marcha la operación.

11. Borrador autógrafo de veintiuna cuartillas, sin fecha; leg. 70 (*Asunto: Caída del gabinete Brüning y formación del gabinete Papen*).

12. Borrador autógrafo del 2 de agosto de 1932: *Asunto: Resultado de las elecciones del 31 de julio para el Reichstag*, leg. 70.

ha de influir seguramente — añade Araquistáin — en la revisión de una táctica que, en todos los países donde se ha ensayado prolongadamente no ha fortalecido la organización socialista. De no hacerlo, y si la crisis económica persiste, como es lo probable, el comunismo seguirá ganando terreno al socialismo en Alemania.

No hay que descartar, sin embargo, que esta situación conduzca al *proletariado marxista* alemán «a una acción común» para neutralizar el ascenso del nacional-socialismo. En todo caso, la posibilidad de que este partido llegue al poder, a corto plazo, por la vía legal está de momento condicionada por un Parlamento que hace muy difícil la formación de gobierno. Ello obliga a los nazis a elegir entre dos opciones que se presentan llenas de peligros: formar coalición de gobierno con el Centro, renunciando para ello a una parte sustancial de su programa, o bien gobernar sin el Parlamento o contra él, lo que encontraría un amplio rechazo incluso en un sector del propio partido de Hitler.

Las últimas palabras de esta larga nota del embajador español tienen un indiscutible carácter premonitorio, aunque no es seguro que el autor atisbe toda la gravedad de una crisis histórica que describe con una frialdad rayana en una extraña complacencia:

Ofrece un enorme interés teórico el caso de un pueblo tan profunda e irreconciliablemente dividido, que la fórmula del Estado de partidos y de gobierno parlamentario resulta prácticamente irreversible. Esta es la quiebra más espontánea y notoria de democracia parlamentaria.

En los meses siguientes, Araquistáin y el ministro de Estado coinciden en varias reuniones de la Sociedad de Naciones en Ginebra y tienen ocasión de repasar tanto la evolución de la crisis alemana como la situación interna de la República española, que parecía mucho más firme tras el fracaso de la *Sanjurjada* en agosto de 1932. El telegrama que el embajador recibe del ministro en el mes de noviembre, recabando información sobre la fidelidad a la República de los diplomáticos a su cargo, forma parte, probablemente, de las medidas de seguridad pública adoptadas a raíz del golpe de Estado. Araquistáin hace constar la intachable profesionalidad de los funcionarios y su ejemplar dedicación al servicio del Estado; en lo tocante a sus ideas políticas, responde, un tanto airado, que por fortuna no ha visto en ellos «excesos de adhesión ferviente y entusiasta por la República», que le habrían parecido hartos sospechosos en unos funcionarios notoriamente vinculados a la Monarquía en un pasado muy reciente — y entre los que figuraba, como agregado militar, el general Juan Beigbeder, futuro ministro de Franco durante la Guerra Civil — Fieles servidores del Estado, cumplen su cometido de forma irreprochable, dejando al margen posibles sentimientos personales: no se les puede pedir más.

El informe del embajador concluye con una bella definición, rebotante todavía de un ingenuo optimismo, del papel integrador del régimen republicano, como suprema expresión de los intereses nacionales:

España hizo la República: ahora es preciso que la República, por su capacidad funcional, su capacidad de justicia y su adaptabilidad a los nuevos usos y menesteres de la época haga republicanos fervorosos y entusiastas a todos los españoles, y seguramente los funcionarios diplomáticos y consulares que, como los dependientes de esta Embajada, anteponen el servicio del Estado a toda parcialidad política, no serán los últimos en ese entusiasmo y ese fervor<sup>13</sup>.

### *Una cena con Hitler*

En enero de 1933, se producía el nombramiento de Hitler como jefe de gobierno, confirmando los peores presagios sobre la quiebra irremisible del régimen democrático. Araquistáin tuvo ocasión de conocer personalmente al nuevo canciller en un banquete ofrecido por el mariscal Hindenburg al cuerpo diplomático, allá por el mes de febrero de 1933. Sobre este episodio, escribiría mucho años después, recién finalizada la II Guerra Mundial, un pormenorizado relato periodístico, que, en todo caso, no debe tomarse al pie de la letra, por tratarse de una evocación de la figura de Hitler manifiestamente mediatizada por la trayectoria posterior del personaje.

Recuerda Araquistáin el efecto que causaba ver al octogenario Hindenburg en estado casi vegetativo, con aspecto de titán insepulto, acompañado sólo por algunas damas compasivas, y a un Hitler exultante en su papel de protagonista, sabiéndose el centro de la curiosidad — cuando no de la admiración — de aquella selecta concurrencia. Si el contraste entre ambos personajes evidenciaba el fin de una época y el comienzo de otra, la visión de una apretada fila de embajadores que «a suaves codazos» pugnaban por llegar a saludar al futuro Führer parecía presagiar la política de apaciguamiento con que las potencias europeas pretendieron domesticarle hasta 1939. Entretanto, el embajador de la República española se mantenía desdeñosamente al margen de este repulsivo besamanos en animada conversación — dato también significativo — con el representante de la Unión Soviética. Pero, lo que son las cosas, fue el propio Hitler quien, por medio de un funcionario, invitó al embajador español a ir a presentarle sus respetos. Como la primera invitación fuera infructuosa — Araquistáin no quería dejar a su colega soviético con la palabra en la boca —, al segundo recado, ya con visos de ultimátum, el diplomático español se resignó a acudir al encuentro del nuevo canciller.

Nos dimos la mano. Yo le saludé en alemán y le miré fijamente, curioso de sorprender en su rostro algún signo de aquel magnetismo que, al decir de todos, ejercía sobre las masas nazis.

13. Informe del 12 de noviembre de 1932, leg. 41.



Nada excepcional descubrí en sus vulgares facciones. (...) Era un hombre de estatura mediana, de voz campanuda, como sus ideas, y sin ningún rasgo fisionómico que lo hiciera sugestivo y simpático. El ídolo resultaba de pobre barro visto de cerca.

La conversación fue sumamente breve y superficial. Sin venir a cuento, Hitler se puso en seguida a elogiar desaforadamente el don de lenguas de su intérprete, dando así rienda suelta, según Araquistáin, al aspecto más relevante de su personalidad patológica. Esta pequeña anécdota sobre la «envidia lingüística» del Führer lleva al narrador a formular una especie de axioma histórico, a saber: que «la envidia ha sido la causa última de la tragedia que Hitler y la mayoría de los alemanes han desencadenado por dos veces en el mundo». En fin, aprovechando una pausa en la «insustancial perorata» de su interlocutor, Araquistáin se despidió de él con un frío apretón de manos.

Muchas manos viles habré estrechado en mi vida; pero sólo cuando recuerdo la ocasión en que toqué las de Hitler, pienso en todos los perfumes de la Arabia que pedía la demente Lady Macbeth para las suyas<sup>14</sup>.

Aturdido, tal vez, por los efectos amnésicos de los «perfumes de la Arabia», Araquistáin no llega a recordar el interés que despertó en él la política de propaganda anunciada por Goebbels pocos días después de formarse el primer gobierno de Hitler. Hay testimonio de ello, sin embargo, en un informe, fechado el 16 de marzo de 1933, en el que el embajador español defiende la necesidad de crear un Ministerio de Información y Propaganda, como el que dirige Goebbels, y de encarar un estudio pormenorizado del modelo propagandístico del nacional-socialismo, «con objeto de recoger de él, si el Gobierno de la República se decidiese a constituir un órgano semejante [un Ministerio de Propaganda], cuanto sea provechoso y aceptable a nuestros medios y a nuestra psicología»<sup>15</sup>. Para la realización de tal estudio, Araquistáin propone el nombre del periodista Eugenio Xammar, que se encontraba entonces en Berlín, y que había redactado ya, por encargo del embajador, un detallado informe técnico sobre las posibilidades de la radiodifusión como medio de información y propaganda.

El análisis desapasionado del nuevo régimen no fue óbice para que nuestro embajador desempeñara una modesta labor humanitaria al prestar ayuda — según él, sin apenas esfuerzo ni riesgo por su parte — a muchos judíos que deseaban abandonar el país<sup>16</sup>.

14. Una cena con *Hitler*, cit.

15. Leg. 41.

16. Cfr. su artículo *Los dos Thomas Mann*, publicado en “Democracia”, Ciudad Trujillo, 12 de diciembre de 1943; leg. 46.

No accedió, en cambio, a realizar la extraña mediación que, por aquel entonces, le solicitó, nada menos que de parte de Goering, el líder socialista y ex presidente del Reichstag Loebe: que usara de sus buenos oficios para que la prensa republicana española moderara sus críticas al régimen nazi<sup>17</sup>. La anécdota le servirá, meses después, con Loebe internado ya en un campo de concentración, para ilustrar la inconcebible ceguera política de los socialistas alemanes.

Pero su estancia en Berlín iba a terminar en seguida, y no — como se dijo después — porque su desaprobación del nazismo le llevara, finalmente, a presentar la dimisión. La entrada en vigor, el 9 de abril de 1933, de la Ley de Incompatibilidades de la República le obligó a elegir entre el cargo de embajador y su condición de diputado<sup>18</sup>. Ante tal disyuntiva, Araquistáin prefirió conservar el escaño y regresar a España en un momento político que se le antojaba crucial, y en el que creía poder aportar el aleccionador testimonio de su estancia en Berlín.

### *Lecciones de política comparada*

Como se ha podido comprobar, la gestión diplomática del escritor socialista estuvo guiada casi siempre por un pragmatismo sin concesiones, libre incluso de prejuicios ideológicos que hubieran sido más que comprensibles. Su principal objetivo a lo largo de estos trece meses fue asimilar al máximo la lección de historia que, sobre todo para el movimiento socialista, representaba la crisis de la democracia alemana.

Araquistáin hace un primer balance de su experiencia en un artículo titulado *El espejo del mundo: La crisis del socialismo*, publicado en “El Socialista” el 1 de mayo de 1933, aunque fechado todavía en Berlín. El título, en todo caso, resulta engañoso, porque el autor establece en realidad un doble juego de espejos. Ciertamente que la socialdemocracia alemana proporciona un modelo negativo que debe servir de lección al movimiento obrero en todo el mundo, pero, frente a él, la reciente trayectoria del Psoe, recuperando las señas de identidad del verdadero socialismo y rectificando «errores tácticos y psicológicos» cometidos por otros partidos socialistas, es todo un ejemplo para la izquierda europea. «Son los socialistas de otros pueblos — concluye Araquistáin — los que deben imitarnos. Mirémonos en su espejo, y ellos en el nuestro».

17. Cit. por Araquistáin en *Una lección de historia: El derrumbamiento del socialismo alemán*, conferencia pronunciada el 29 de octubre de 1933 en la Casa del Pueblo de Madrid y publicada dos días después en “El Socialista”; se editó también en forma de folleto. No sólo no se prestó a efectuar esa mediación, sino que probablemente era autor o inspirador de algunas de las informaciones, sin firma, publicadas por “El Socialista” sobre la barbarie nazi en los primeros meses de 1933. Es posible que la gestión de Loebe tuviera su origen en un telegrama del embajador alemán en Madrid a su Ministerio, fechado el 3 de abril de 1933, en el que se recomendaba hablar con Araquistáin para pedirle que influyera favorablemente en la prensa española de izquierdas (leg. 70).

18. Cfr. M. Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista*, cit, p. 124. La renuncia de Araquistáin al cargo de embajador fue aceptada con fecha 29 de abril de 1933.

Pero la imagen que proyecta el socialismo español, todavía en el gobierno, va a cambiar rápidamente. En el verano de 1933, el deterioro de la coalición republicano-socialista se hace irreversible, mientras en el seno del Psoe aumenta considerablemente la resistencia a continuar la colaboración con la llamada «izquierda burguesa». La crisis política y social obliga a disolver las Cortes y a convocar elecciones, que se celebran en el mes de noviembre.

Unos días antes de lo que iba a ser una gran catástrofe electoral para la izquierda, Luis Araquistáin pronuncia en la Casa del Pueblo de Madrid su conferencia *Una lección de historia: El derrumbamiento del socialismo alemán*, durísimo alegato en el que imputa toda la responsabilidad por el triunfo del nazismo a la «táctica anti-socialista y antirrevolucionaria de los socialistas alemanes»<sup>19</sup>. Una de sus conclusiones sobre la crisis de la República de Weimar viene a legitimar el giro a la izquierda — ruptura con los partidos republicanos, acercamiento a los comunistas y desarrollo de un discurso netamente revolucionario — que, con la decisiva colaboración del propio Araquistáin, experimenta el socialismo español a partir del verano de 1933:

El socialismo [alemán] hubiera podido salvarse tal vez fundiéndose con el comunismo y recibiendo de él el impulso de acción que había perdido. El comunismo tenía una masa impetuosa, sin líderes; el Socialismo, cabezas inteligentes, sin masa dinámica. La fusión de ambos partidos hubiera evitado seguramente el fascismo.

Esta es la «gran lección de la historia» que debe sacar el PSOE para impedir que, en España, la crisis de la República democrática tenga las mismas consecuencias que tuvo en Alemania. Y es que, por si fueran pocas las razones de política interior para no renovar la coalición electoral con los republicanos — la deslealtad de Lerroux y su partido, el fracaso de la Reforma Agraria, Casas Viejas, etc. —, los socialistas españoles no podían echar en saco roto las conclusiones extraídas por Araquistáin del trágico fin de la República de Weimar. Recordemos que, en su informe del 2 de agosto de 1932, anunciaba ya que el desenlace de la crisis alemana habría de «influir negativamente en la revisión de una táctica que, en todos los países donde se ha ensayado prolongadamente, no ha fortalecido la organización socialista». Lo mismo cabe decir de su esperanza en una «acción común» del proletariado alemán para evitar — cuando aún era posible hacerlo — el triunfo irreversible del nazismo. Es lo que intentaría en 1935-1936 el ala caballerista del PSOE, de la que Araquistáin era pieza básica, al impulsar una aproximación entre socialistas y comunistas que no dejó de dar sus frutos — por ejemplo, la fusión de ambos partidos en Cataluña y la de sus respectivas organizaciones juveniles en todo el país —.

19. Cfr. nota 17.

La aplicación a la lucha revolucionaria del principio de «voluntad de poder» — otra curiosa aportación suya —, sirve, finalmente, para entender los resortes psicológicos de la deriva *bolchevique*, apoyada en una fuerte dosis de voluntarismo, que sigue el socialismo español a partir de 1933 bajo la dirección de Largo Caballero y la orientación estratégica del ex embajador en Berlín. Se trataba, en definitiva, de preparar resueltamente el asalto al poder y la posterior instauración de una dictadura obrera: justo lo que, según Araquistáin, no habían querido hacer los socialistas alemanes.